

LAS PSICOLOGÍAS DEL FIN DE SIGLO A LA LUZ DE SU HISTORIA

HUGO VEZZETTI

(6ª Reunión Nacional de la Asociación Argentina de Ciencias del Comportamiento,
21 al 23 de agosto de 1997)

Presentación

En el propio enunciado “psicologías del fin de siglo”, con el que se me invitó a hablar, están presentes dos proposiciones: la idea de una nueva etapa para la disciplina, que vendría a cerrar un ciclo, y la proposición de que no hay una sino varias psicologías.

La primera proposición se da en un clima, propio del “fin de siglo”, que parece intensificar cierta “conciencia de crisis”. Sobre esto hay que distinguir dos cosas. Por una parte, la consideración de la psicología como una disciplina “problemática”, caracterizada por una falta de unidad y un cierta inconsistencia científica ha acompañado el proceso de implantación y desarrollo de las disciplinas psicológicas a lo largo de este siglo. En ese sentido, la idea de crisis no es nueva y, en todo caso, lo que hay que interrogar es el modo en que esta percepción de “crisis” se presenta hoy y las diferencias que ofrece respecto del pasado.¹ Por otra parte, esta “sensibilidad” presente acompaña a la evidencia de cambios profundos, sociales y políticos, culturales y de pensamiento (que impactan sobre el conjunto de las disciplinas, no sólo sobre la psicología) y parece corresponder a la vivencia del fin de un ciclo histórico y la transición, llena de incertidumbres, hacia un futuro sobre el que no sabemos casi nada. Las proyecciones hacia el “próximo milenio”, en ese sentido, parecen conjuros en la oscuridad. No tengo mucho que decir en esa dirección, salvo que cualquier ejercicio de anticipación de las psicologías del futuro requiere de una mirada al pasado, sobre todo al proceso “problemático” de su constitución como campo científico y profesional.

En cuanto a la segunda proposición, la que habla de las “psicologías”, sin duda alude a un tópico central y enuncia un estado de la materia que ha sido, distintamente, caracterizado como *pluralidad o fragmentación*. Y por supuesto, como esas expresiones lo muestran, ha sido, también, valorizado de modos bien distintos, como un rasgo favorable al desarrollo y al futuro del campo disciplinar o, por el contrario, como un factor de inconsistencia y falta de cohesión que tiende a disolverlo. Volveré sobre estas distintas visiones de la pluralidad del campo.

Como sea, el uso del plural es indicativo de un rasgo de “dispersión” y de tensiones que no es nuevo y que tiene que ver con la heterogeneidad de tradiciones teóricas, de “objetos”, métodos y ámbitos de aplicación. En ese sentido, la pregunta por la *unidad* de la psicología nace con la psicología junto con la autopercepción de un estado de “crisis” que ha sido planteado

¹Ver A. Caparros, «Crisis de la psicología: ¿singular o plural? Aproximación a algo más que un concepto historiográfico», *Anuario de Psicología*, 1991, nº51.

y juzgado diversamente. Ahora bien, como lo ha señalado Caparros en el artículo citado, el término “crisis” se presta a equívocos si se lo toma en el sentido de Kuhn, porque puede hacer suponer que hubo en algún momento algo así como una “ciencia normal”, un “paradigma” aceptado, respecto del cual el estado actual de la disciplina mostraría un estado de convulsión. Pero nunca hubo tal cosa. En todo caso, si algo ha cambiado hoy es que se admite más francamente esa heterogeneidad originaria. Creo que éste es un rasgo presente que va a perdurar y a acrecentarse: el reconocimiento y la admisión de la pluralidad constitutiva del campo. Ya no hay condiciones, afortunadamente, para proyectos que busquen constituir la “unidad” de la psicología.

Me interesa exponer y desarrollar esta tesis: hoy tiende a admitirse la pluralidad del campo y no puede evitarse cierto juicio sobre ella, aunque, por supuesto se la interpreta y se la valoriza de modos muy diferentes. Voy a hacerlo refiriéndome, por una parte, a lo que conozco mejor, o sea lo que ha sucedido y está sucediendo con la historia de la psicología, que se ha convertido en una disciplina académica desarrollada y relativamente autónoma. Por otra parte, para no quedarme solo con la visión de los historiadores, he buscado (de un modo no exhaustivo) opiniones proveniente de la comunidad de psicólogos que se han referido al estado presente de la disciplina en el *American Psychologist*.²

De modo que trato de examinar el devenir de la psicología en una perspectiva de alcance más largo que la vivencia del “fin de siglo”, que puede ser engañosa en la medida en que puede llevar a pensar que el cambio de siglo coincide puntualmente con transformaciones profundas en las ideas y las disciplinas. Vistos en esta perspectiva, los cambios contemporáneos más visibles, en el nivel de las corrientes teóricas y metodológicas (por ejemplo, los que resultarían del tránsito del conductismo al cognitivismo o de la expansión de las neurociencias) adquieren otra luz y no necesariamente se presentan como un “giro copernicano”.

La posición del historiador

El punto de vista de un historiador no es el del científico o el investigador instalado, limitado en cierto sentido en un área determinada de investigación dentro de la disciplina. No voy a detenerme en este problema; en todo caso, se pone en juego la importancia y el papel que la historia puede cumplir en relación a las orientaciones y los programas presentes de la disciplina. Es decir, la cuestión de los “usos” de la historia para una reflexión sobre la diversidad del campo disciplinar. Ante todo, la historia permitiría, por lo menos, plantear las preguntas “genealógicas” acerca de cómo este campo disciplinar se fue formando.

Ahora bien, planteada en general, la relación de una disciplina, en sus realizaciones presentes, con su historia, parece ser diferente en las ciencias naturales y en las ciencias humanas y sociales. En las ciencias naturales, la historia no parece cumplir un papel muy importante en el estado presente de la disciplina: basta estar “actualizado”.³ Es decir que los practicantes de las ciencias naturales tenderían a pensar que lo importante ha sido incorporado a las producciones científicas vigentes y que, en todo caso, la historia puede valer para confirmar lo que ya se sabe; de allí nace la búsqueda del “precursor” o del “antecedente”. Fuera de ello, la historia puede tomar la forma de una erudición que no sirve a la producción de conocimiento sino al “anticuarismo”, es decir, el gusto por las antigüedades. Pero, básicamente, no habría necesidad

² Una obra publicada para conmemorar el “Centenario” de la psicología da cuenta igualmente de cierta consideración crítica sobre el estado actual de la disciplina, Sigmund Koch & David Leary, *A Century of Psychology as Science* (1985), Washington, APA, 1992.

³ Tomo algunas ideas de K. Danziger, “Does the History of Psychology Have a Future?”, *Theory and Psychology*, 1994, 4 (4), 467-484.

de volver a tomar contacto con las investigaciones de un pasado que se considera remoto y superado; la idea subyacente es la del "progreso" de la ciencia. Como se sabe, hoy se discuten las evidencias de tal "progreso", por lo menos en el caso de la psicología y de las ciencias humanas.

Ahora bien, la relación con la historia es distinta en las humanidades y, de algún modo, en las ciencias sociales. La consideración crítica de los trabajos pasados no sólo tienen un valor formativo para el que busca introducirse en la disciplina, sino que a menudo está incorporada en los trabajos presentes. De allí nace el valor de los "clásicos". Un biólogo puede ser muy bueno en su línea de investigación sin saber nada de historia de la biología, en cambio un filósofo no puede dejar de volver, alguna vez por lo menos, a Descartes, Kant o Hegel. En el caso de las ciencias sociales se da una situación intermedia; hay una amplia gama de investigación empírica, objetiva y cuantificable, según los patrones de un saber acumulativo, pero cuando se trata de interpretar, de conceptualizar los fenómenos, hay problemas y autores clásicos de la teoría social y política (llámense Tocqueville, Marx o Weber) que no pueden ser eludidos.

¿Y la psicología? En primer lugar, sería difícil ponernos de acuerdo acerca de quienes son nuestros "clásicos", eso que la literatura constituye como el "canon"; pero aun más difícil sería ponernos de acuerdo acerca de si deben ser leídos hoy, es decir, si se debe recurrir a ellos a partir de preguntas y de problemas actuales. Puesta de este modo la cuestión de los "usos" presentes de la historia, lo que surge, entonces, es la vieja cuestión de si la psicología debe ser considerada una "ciencia natural" o si es más parecida a las "ciencias humanas". No hay que olvidar que esa discusión estaba así planteada en los orígenes de la psicología, que nace contemporáneamente a la "querrela de los métodos": basta recordar que el dualismo metodológico de Wundt no hacía sino admitir esa posición intermedia y dual.

Es un hecho que en el trasplante a los EE.UU., la psicología (la académica, por lo menos) buscó ponerse del lado de las ciencias naturales y que así pareció ganar en respeto y legitimidad tanto como en apoyos institucionales y financieros. Pero hoy se discuten las consecuencias y los resultados (en términos de conocimiento) de esa afiliación exclusiva y de la relativa separación e incomunicación con las tradiciones europeas, sobre todo alemanas, que habían quedado muy limitadas después del derrumbe de la guerra. Asistimos en estos años a una notoria recuperación de esas tradiciones más ligada al continente de las "humanidades". Un ejemplo de ello: la "European Society for the History of the Social and Behavioral Sciences", inspirada en una sociedad americana que tiene la misma denominación, ha cambiado recientemente su nombre y se llama ahora, "European Society for the History of the Human Sciences". Nadie propuso mantener la expresión "Behavioral Sciences", considerada "extraña culturalmente" en Europa. Y esa decisión tuvo el acuerdo de los psicólogos que se ocupan de la historia de la disciplina, de los historiadores de la ciencia y de los que provienen del campo de la "historia social y cultural".⁴

Ahora bien, veamos la historiografía reciente de la psicología y lo que puede aportar para pensar el estado presente y el futuro inmediato. En principio, desde hace unos veinte años, se ha producido, en el propio medio académico anglosajón, una revisión histórica de la disciplina que ha cumplido un papel "crítico" respecto de la representación que la psicología académica había construido acerca de su pasado y que encontró su expresión ejemplar en la historia de la psicología experimental de Boring. Se trataba de un relato del pasado concebido como el desenvolvimiento progresivo y acumulativo de los resultados de los enfoques experimentales. Ese relato ha quedado seriamente cuestionado. Es imposible sintetizar el volumen de producción de estos últimos años, pero no hay tema, corriente o escuelas de las psicologías del siglo XX

⁴ Véase *ESHHS* vol. 14 (2), Autumn 1996.

que no hayan sido sometidas a examen. Tampoco voy a intentar una evaluación de esa producción, dentro de la cual también hay reducciones y exageraciones iconoclastas. En todo caso, me interesa proponer que la perspectiva del historiador, es decir de la “nueva historia”, a la vez que es capaz de advertir los signos de la “crisis” en las tradiciones historiográficas, al plantearse cómo escribir (o mejor reescribir) la historia de la psicología está incorporando algo de los interrogantes y de las incertidumbres presentes en el propio campo de la psicología académica. Si la historia, en un sentido, siempre se escribe desde preguntas que se formulan en el presente (pero las respuestas no deben estar ya dadas desde el presente) esas preguntas no dejan de formarse en un espacio de inquietudes y perplejidades que los historiadores, en cierto sentido, comparten con los científicos.

La aparición de una impresionante producción historiográfica (y del nacimiento de sociedades científicas, publicaciones, posiciones académicas) es un indicador a tomar en cuenta. En general, no sólo en la historia de las disciplinas, el recurso a la historia y a la revisión del pasado suele ser un indicador de las crisis y las incertidumbres en el presente. Y algo que no puede negarse es que existe hoy, en el campo internacional de la psicología, en EE.UU. y Europa, pero también en América Latina, un notable despliegue de la historia. Un ejemplo de ello es la creación de la división 26 de la APA y la próxima publicación de *History of Psychology*, una revista de esa asociación que estará a cargo de Michel M. Sokal, un investigador proveniente del campo de la historia de las ciencias. Pero, ¿qué representa esa nueva versión del pasado respecto de lo que podría llamarse la “comunidad” de los especialistas? Podría pensarse que es la historia y no la psicología la que entró en crisis, es decir que la voluntad “revisionista” es sólo representativa de la comunidad de historiadores, más proclives a alinearse en las ciencias sociales. Es por eso que, más adelante, he procurado buscar “testimonios” surgidos de la propia comunidad de los psicólogos.

La nueva historiografía

Veamos qué ha producido la nueva historia y qué puede decirnos sobre las tendencias presentes. Ante todo, ha reconstituido las visiones sobre el pasado de la psicología en el sentido de reconocer, e indagar, el espacio de una *ciencia problemática*.⁵

1.- La historia de la psicología no puede ser indagada de un modo aislado respecto de otras disciplinas y de la historia del pensamiento y la cultura. En todo caso, la autonomía lograda y los modos de su institucionalización —concebida por la historia tradicional como una «liberación» de la filosofía y de la medicina— no es un problema simple sino que incluyó procesos complejos de construcción conceptual y discursiva. En todo caso, la perspectiva dominante, lo que podría llamarse una «historia social de las ideas», redefinió la vieja cuestión del papel de los factores «externos» e «internos» en la historia de las disciplinas: ha dejado de ser un tópico de polémica entre escuelas rivales para convertirse en un punto inseparable de las perspectivas concretas de la investigación.⁶ Esta historia “revisionista” en parte se posiciona como una “contrahistoria”. Si la historia anterior, la de Boring por ejemplo, creía en la autonomía plena del desenvolvimiento científico, la nueva historia va a acentuar los orígenes “sociales”: la relación de las *ideas* y los programas con los intereses sociales, las instituciones y los “actores”, en este caso un grupo profesional-académico que establece un cierto “monopolio” de conocimiento y de ejercicio de prácticas técnicas. Pero esa relación entre la configuración de la disciplina y el

⁵ W.R. Woodward y M.G. Ash (ed.), *The Problematic Science. Psychology in Nineteenth Century Thought*, New York, Praeger, 1982.

⁶ M.G. Ash: “Epilogue: Reflections on Psychology in History”, en *The Problematic Science*, op. cit.

contexto socioinstitucional no es encarada mayormente como una relación global, como si la disciplina simplemente “reflejara” la estructura y los intereses de grupos sociales dominantes; no se reduce a un análisis global del régimen de *poder* social sino, en todo caso, al estudio de una trama de relaciones *mediadas* por el grupo profesional. Las preguntas centrales de esta nueva historia no se refieren solamente a la constitución de la disciplina científica en el terreno de los conceptos, los métodos y los problemas (aunque hay mucho investigación en ese sentido), sino a las vías y los modos de la constitución de una comunidad académico-profesional.

En las nuevas investigaciones se produce, entonces, un desplazamiento del puro reino de las teorías a las instituciones y la red de prácticas que mantienen conexiones definidas con la sociedad. Por otra, se resiente la narración que postula un crecimiento continuo desde las especulaciones filosóficas a los resultados acumulativos de una experimentación puramente empírica y sin supuestos; lo que viene a mostrarse es que los desarrollos científicos de la psicología en los EE.UU., en este siglo, estuvieron relacionados con ciertas y precisas corrientes filosóficas: el positivismo lógico y el operacionalismo.

2.- Esa nueva historia se enfrenta a la exigencia de reescribir el proceso de formación y constitución de la disciplina y debe remontarse a los comienzos para examinar, no una, sino varias «fundaciones conceptuales» a lo largo del siglo XIX. De acuerdo con el libro citado, ellas son:

- Kant y la “fundación filosófica” que impacta fuertemente en toda la tradición alemana, hasta Wundt.
- Fechner, la física y la *Naturphilosophie*, es decir el marco a la vez filosófico y científico que da nacimiento a la psicofísica y al desafío de medir “energías mentales” en términos de magnitudes físicas.
- Darwin y la biología, es decir, el impacto de la revolución darwiniana en la emergencia de problemas y modos de concebir el estudio de las funciones mentales y el comportamiento.

Es claro que otras “fundaciones” podrían ser igualmente indicadas, en particular las que derivan del campo de experiencias de la clínica, la neuro y la psicopatología, y la conformación del campo del histerohipnotismo y sus prolongaciones hacia una psicología de las masas.

A partir de esos orígenes, la generación siguiente, representada por W. Wundt y W. James, estaba lejos de considerar a la psicología como una disciplina autónoma y tendía a acentuar su lugar como una disciplina básica, integrada al horizonte de la filosofía, un cuerpo de saberes empíricos que sería fundamental para la ética y la epistemología. Cerrado ese ciclo, en los EE.UU., la psicología del siglo XX adquiere su fisonomía propia, en un proceso que conjuga tres rasgos. Primero, una implantación académica autónoma; segundo, la constitución de un grupo y de una cierta “identidad” (atravesada, sin embargo, por la separación entre los académicos y los practicantes de la profesión); finalmente, la expansión e implantación en la sociedad y las instituciones públicas: educativas, militares, económicas.

Ahora bien, como se dijo, en su búsqueda de alcanzar legitimidad académica como una disciplina científica autónoma, buscó asimilarse a las ciencias naturales, aunque nunca dejaron de aparecer voces entre los mismos psicólogos que planteaban su preocupación por no alcanzar un estatuto suficientemente legítimo en términos de esos parámetros de cientificidad. En todo caso, más allá de la producción de conocimiento y la instauración de tradiciones y programas de investigación, esa búsqueda de autonomía por la vía de la homogeneidad metodológica vino a estrechar los márgenes del pensamiento psicológico respecto de ese contexto, de esa “identidad interdisciplinaria”, si se quiere, que caracterizó su emergencia en las últimas décadas del siglo XIX. Así se traza el pasaje de una “identidad híbrida” de la psicología experimental en sus

comienzos, en lengua alemana –una síntesis de objetivos filosóficos y métodos científico-naturales– al estrechamiento disciplinar en torno de los procedimientos experimentales de las llamadas psicologías “objetivas”.⁷

No puede dejar de verse que esa reconstrucción que destaca el contraste respecto de aquellos comienzos de la disciplina, es correlativa, hacia el presente, de la mayor admisión de la pluralidad. En ese sentido, algunos imaginan una suerte de re-comienzo, una situación más parecida a la de la constitución inicial, caracterizada por la evidencia y el reconocimiento de un campo disciplinar complejo, con áreas, enfoques y relaciones heterogéneas. Algo que, por supuesto, traería aparejados otros problemas, otros desafíos y riesgos.

3.- En el siglo XX las tensiones entre la disciplina científica y la dimensión “tecnológica” y profesional forman parte del desarrollo de la disciplina y acompañan su implantación en la sociedad. Lo dominante en este período ha sido la presencia del psicólogo en marcos no académicos y la red de apoyos y financiamiento que se teje en directa relación con las demandas de la sociedad: educación, prensa, gobierno e instituciones militar y judicial. Al mismo tiempo se edifica la implantación y la eficacia del psicólogo como “experto”.⁸ En ese sentido, al lado de la *implantación institucional* de la disciplina en ámbitos académicos, se reconoce una instalación más amplia y extendida en la sociedad: el reconocimiento de una dimensión subjetiva y la función de describir, interpretar y, eventualmente, “gestionar” los desequilibrios y “males-tares” asociados al cambio social y la modernización.

Se reconoce así una función “compensatoria” de las ciencias sociales y humanas en su dimensión aplicada: necesariamente asociadas a los déficits, los desórdenes y los fallos frente a las exigencias complejas de la vida moderna o frente a acontecimientos que conmocionan a la sociedad, como la guerra. Y desde luego que la complejidad de esa “gestión” y lo que produce no puede ser suficientemente abarcada con la idea simple del “control social”. Ahora bien, en las dos dimensiones, el siglo XX muestra una verdadera “explosión” de la “investigación” y la “aplicación”, al mismo tiempo que la psicología se extiende por el mundo, a partir de los límites iniciales. Es bastante sabido que la “profesionalización” adquirió un perfil predominantemente orientado hacia la práctica y lo que podría llamarse la dimensión “tecnológica” en la clínica, la educación, la producción industrial, la criminalidad, etc.

4.- La visión «revisionista» es crítica respecto al estatuto de «ciencia» alcanzado: en la medida en que se han tomado en préstamo categorías y métodos de la ciencias naturales, se habría fallado en la construcción de categorías explicativas y métodos de investigación apropiados a su «objeto». Pero la cuestión no queda planteada ya en términos de si hubo un nacimiento efectivo o fallido de una disciplina científica autónoma. La pregunta ya no es si la psicología es o no una ciencia; el problema es otro: la emergencia problemática y la autodefinition gradual de una disciplina entre otras y las relaciones que necesariamente establece con las tradiciones científicas, la comunidad y la organización académica y profesional, los usos tecnológicos y los requerimientos de las instituciones de la sociedad, incluyendo la amplia implantación de la psicología como discurso cultural.

5.- En cuanto al tema de las psicologías “en” la cultura, lo que sale a la luz es el indisociable entrecruzamiento de las tradiciones teóricas y metodológicas con rasgos culturales y situaciones nacionales diversas. Se ha discutido y reformulado la distinción entre los rasgos locales (que siempre se admitieron) y la dimensión o la pretensión universal de la disciplina. Por ejemplo, admitida la generalización de los modelos científicos y académicos establecidos en los EE.UU.

⁷ Ver M.G. Ash and W.R.Woodward (eds.), *Psychology in Twentieth-Century Thought and Society*, New York, Cambridge University Press, 1987.

⁸ Ver nota y comentario sobre la obra de Ellen Herman, *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts*, Berkeley, Univ. of California Press, 1995; en *The Cheiron Newsletter*, vol XXIII n.3, Spring/Summer 1996 y n.4, Autumn/Winter 1996.

y extendidos por el mundo en la segunda posguerra, se plantea la necesidad de analizar la pretensión de "universalidad" de esos modelos por la vía de confrontar esa pretensión con el peso de rasgos "locales", es decir propios del habitat norteamericano, que alcanzaron su hegemonía por causas que no tienen que ver necesariamente con razones científicas. De modo que una dimensión aceptada de "universalidad" del conocimiento (al menos como ideal "regulativo") pasa a ser diferenciada de la lógica de la hegemonía: la emergencia de "paradigmas" dominantes debe ser analizada en términos que no excluyan los factores "extracientíficos".⁹ Finalmente, la misma delimitación de una secuencia (o "revolución", en la versión más militante) del conductismo al cognitivismo está explícitamente referida sólo a la psicología norteamericana. Con lo cual, las distinciones de la historia "interna" y "externa" de la psicología, como se dijo, se constituye en un problema histórico específico, que debe ser analizado en cada caso.

A esta profunda revisión disciplinar en el terreno de la historia se ha agregado, recientemente, el impacto de las corrientes del "multiculturalismo", muy activas e influyentes en los medios académicos norteamericanos, en los estudios culturales y literarios y en las ciencias sociales y, recientemente presentes en el campo de la psicología.¹⁰ Estos nuevos planteos suponen desafíos y rupturas de otro orden, en el sentido de un relativismo extremo, que subordina el análisis histórico de los problemas disciplinares a una suerte de "revuelta cultural" en favor de las minorías y de los diferentes: los no occidentales, afroamericanos, "hispanicos", a lo que se agrega los "estudios de género" aplicados a la historia de las ciencias y del pensamiento.¹¹ Hay que distinguir, entonces, en el horizonte de la "crítica" contemporánea, esos discursos que amenazan con demoler cualquier pertinencia disciplinar (y con instalar un nuevo dogmatismo), de una historia crítica que postula una configuración pluralista del campo disciplinar y procura reconstituir un orden "policéntrico", pero que sigue apegada a criterios de sistematicidad y justificación que recuperan mucho de la tradición de la historia de las ciencias y del pensamiento. Si esta nueva historia cuestiona el "mito de los orígenes" establecido en el laboratorio experimental, no busca suprimir las tradiciones de la disciplina sino reinterpretarlas y construir otras lecturas de los clásicos (G. Fechner, W. Wundt, W. James) al mismo tiempo que "descubre" autores europeos, que no habían sido casi considerados como integrando el "canon" de la psicología, como G. Politzer o M. Merleau-Ponty. Evidentemente, la diferencia salta a la vista respecto de ese "arrazamiento" del marco "disciplinar" que viene a considerar a las "ideas psicológicas" como homogéneamente repartidas entre distintas tradiciones culturales, en un sentido que, finalmente, apunta a denunciar la opresión "colonialista" ejercida por las tradiciones del pensamiento y la ciencia occidentales.

⁹ En ese sentido, ver los trabajos de F. Samelson, "Struggle for Scientific Authority: The Reception of Watson's Behaviorism, 1913-1920" *JHBS*, 1981, 17, 399-425. "Organizing for the Kingdom of Behavior: Academic Battles and Organizational Policies in the Twenties", *JHBS*, 1985, 21, 33-47.

¹⁰ Ver Christine C. Iijima Hall, "Cultural Malpractice. The Growing Obsolescence of Psychology With the Changing U.S. Population", *American Psychologist*, June 1997, vol.52, n.6, 642-651. Postula que la psicología debe realizar cambios sustantivos en los planes de formación, la investigación y la práctica o de lo contrario se arriesga a dejar de ser un recurso profesional viable para la mayoría de la población de los EEUU. Esa revisión debe producirse en un sentido que tome en cuenta los tópicos de la diferencia cultural, el género y la orientación sexual, las minorías "étnicas", etc.

¹¹ K. Danziger, en el artículo citado se refiere a la crítica feminista de la ciencia y distingue entre una crítica que se dirige a la "autoridad científica" concebida como producto de una comunidad en la que operan relaciones "patriarcales" de poder y, por otra parte, la que se extiende a la misma disciplina: la "lógica interna" de la formación científica no sería ajena al fundamento patriarcal. Con lo que la radicalidad de un punto de vista de género tiende a "disolver" la base misma de un marco general de construcción de objetos y problemas. Una presentación general de la problemática de los "estudios de género" en M.C. Cangiano y L. DuBois (comps.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*, Bs. As., CEAL, 1993. Sobre las bases y los problemas del "multiculturalismo", especialmente en su impacto sobre la psicología, véase B.J. Fowers y F.C. Richardson, "Why Is Multiculturalism Goog?", *American Psychologist*, June 1996, 609-621.

Revisiones actuales sobre el estado de la disciplina

Dado que se trata de una indagación inicial, voy a limitarme, a la psicología norteamericana. El "Centenario" de 1979, que fue una celebración casi únicamente en el país del norte, brindó la ocasión de diversos tipos de conmemoraciones; pero también de obras de balance y de la aparición de testimonios surgidos de la propia comunidad de los psicólogos para referirse al estado de la disciplina.

1.- En primer lugar, en ese balance reaparece la vieja "grieta", una línea de fractura que desde mucho antes separa la ciencia de la profesión. En efecto, los conflictos derivados de la cuestión profesional (especialmente por la creciente incorporación de psicólogos al campo de la salud mental) fueron los que llevaron a los mayores conflictos políticos y de organización de la APA y concluyeron con la "fractura" de 1988 y el nacimiento de una nueva sociedad: la American Psychological Society (APS) y una nueva publicación: *Psychological Science*. La preocupación mayor de los "practicantes" profesionales, estuvo orientada a ingresar al seguro médico y al medio hospitalario y al derecho a prescribir medicamentos, en una "completa identificación con la medicina".¹² El balance que ofrece el artículo de Schneider muestra su preocupación por el presente y el futuro de la psicología académica tanto como de la práctica profesional. No voy a insistir sobre las dificultades que observa en el terreno de la práctica profesional, particularmente la clínica. En todo caso, presenta un panorama de la psicología clínica dominada por el setting psiquiátrico y señala los problemas del papel del psicólogo como "proveedor de servicios de salud". Pero los cambios recientes en el sistema no se llevan bien con el abordaje psicoterapéutico tradicional en la medida en que el sistema de salud mental se vuelve cada vez más biológico y médico. Por lo tanto propone, de un modo genérico, una mayor autonomía respecto del establishment de la salud mental, es decir, expandir los "servicios" y autonomizarse del modelo médico.

En cuanto a la "psicología académica" y la investigación, me interesa destacar una preocupación que está presente en otro artículo de esos años y que se refiere a lo que se llaman "tendencias centrífugas" en psicología.¹³ Y me interesa destacarlo porque es un artículo que nace en la universidad y se presente como fruto de la tarea docente. El problema planteado se refiere al modo de concebir y presentar a la psicología, y supone enfrentar una oposición entre considerarla como una "disciplina unitaria", con un núcleo central firme, o como una serie de áreas relativamente independientes. Ahora bien, de la lectura de estos dos artículos (que he considerado tentativamente como representativos de cierta "revisión" de la psicología contemporánea que sería convergente con la que manifiestan los histriadores) surgen otras líneas de fractura, que se agregan a la grieta que separa la ciencia de la profesión.

2.- En efecto, habría, dicen estos autores, un "brecha cultural" dentro del campo de la psicología: en la disciplina conviven "dos culturas". Y con esta proposición retoman trabajos anteriores. Esa distinción de las "dos culturas" en el espacio general del pensamiento y de las disciplinas conocimiento fue planteada en los 50' por un autor inglés, C.P. Snow. Con ello se refería a la separación entre la cultura científica y la cultura de las humanidades, consideradas como algo más que una distinción de enfoques y tradiciones de conocimiento en la medida en que separaría dos sistemas de valores, de creencias, de lenguaje. S.Schneider retoma un trabajo

¹² Stanley F. Schneider, "Psychology at a Crossroads", *Am.Psych.*, April 1990, vol.45, n.4, 521-529. Sobre el conflicto en APA: Gary R. VandenBos, "Loosely Organized 'Organized Psychology. 1988 Executive Officer's Report", *Am.Psych.*, July 1989, vol.44,n.7, 979-986. Presenta una historia de rupturas producidas a lo largo de la historia de APA y muestra que la creación de las "divisiones", que por entonces eran 47, pretendía ser una manera de evitar las fracturas.

¹³ Janet T. Spence, "Centrifugal Versus Centripetal Tendencies in Psychology", *Am. Psychologist*, December 1987, vol.42, n.12, 1052-1054.

anterior de G.A. Kimble, quien había realizado una encuesta entre psicólogos con diversas adscripciones disciplinares y había puesto en evidencia diferencias muy notables en los criterios básicos, las convicciones científicas y los supuestos epistemológicos entre el punto de vista "científico", típico de los que adscriben a la "psicología experimental", y el "humanístico" de los miembros de la división "psicoterapia".¹⁴

Esta segunda línea de fractura surge, entonces, de una suerte de visión "antropológica" de la disciplina: en el "territorio" de la psicología habitan dos tribus básicamente incomunicadas. De modo que esta separación ya no sigue estrictamente la oposición ciencia/profesión sino que se superpone y la atraviesa en diagonal. Y si se toma al pie de la letra la figura de las dos culturas tendríamos que admitir una disciplina "bicultural", afectada de una suerte de "bilingüismo" inherente y profundo. Las tensiones entre la tradición de las ciencias humanas y los modelos científicos y de investigación de las ciencias naturales reflejan, entonces, algo más que una confrontación metodológica. Se trata de una disociación más profunda una *incomunicación* que, por supuesto, no se señala por primera vez. Mucho se ha dicho y se propuso sobre la conveniencia y la posibilidad de integrar esos dos "sistemas de valores". Por ejemplo: hay que educar a los científicos en las áreas de las humanidades y las "bellas letras" y hay que procurar que los literatos y los filósofos se formen en los temas de la ciencia; pero esa línea de separación sigue allí más o menos inmovible. No tengo una solución que proponer. En todo caso, me resulta muy inspiradora la posición de un autor alemán, historiador de la sociología, W. Lepenies, que enfrenta un problema semejante y propone la tesis siguiente: las ciencias sociales formarían una "tercera cultura" en la cual se oponen desde su nacimiento orientaciones científicas y literarias.¹⁵

3.- Existiría una tercera "tendencia centrífuga", muy actual y preocupante en la perspectiva de J. Spence quien, como dije, escribe desde el mundo académico. Destaca algo que es hoy admitido en general: los avances en la investigación académica, en las últimas décadas (tanto en la investigación empírica como en la producción de nuevas teorías) se concentraron en las áreas de la *cognición* y las *neurociencias*. Y sin embargo, esos avances no produjeron una mayor unidad metodológica y disciplinar sino todo lo contrario: "una colección de áreas de investigación relativamente independientes". Como consecuencia ve con preocupación que se han establecido en diversas universidades centros de investigación en "ciencia cognitiva", por una parte y en "neurociencia", por otra, como nuevas unidades académicas, por fuera de los departamentos de psicología, como polos que atraen a los investigadores y docentes psicólogos. Frente a esto, la autora despliega lo que llama su "pesadilla", esto es, un campo "diezmado" académicamente: hacia el área cognitiva, por un lado y hacia los departamentos de biología y neurociencia, por otra. Pero, recuerda, los psicólogos clínicos y los educacionales ya iniciaron el éxodo y se han ubicado en las escuelas correspondientes. Los psicólogos organizacionales y laborales se ven atraídos por las escuelas de economía y disciplinas laborales y los psicopatólogos se dirigen a las escuelas de medicina. En fin, el espacio académico de la psicología se vacía y se "desgrana" hacia otras áreas disciplinares.

Al mismo tiempo, no deja de admitirse que, junto a esos riesgos (falta de unidad, fragmentación y "divisibilidad"), las tendencias "centrífugas" trajeron beneficios a la psicología a través de la interacción con otras disciplinas, con nuevos modelos de investigación y encuadres de formación más abiertos y extendidos. Es decir que no se trata simplemente de celebrar las tendencias "centrípetas" que si bien aseguran la unidad, la estabilidad y la armonía, a la vez pueden producir inmovilidad, esclerosis y una formación reproductiva y auto-protegida. De modo

¹⁴ G.A. Kimble, "Psychology's two cultures", *Am. Psycholog.*, 1984, 39, 833-839. Ver C.P. Snow, *The Two Cultures and a Second Look*, London, Cambridge Univ. Press, 1964.

¹⁵ W. Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, FCE, 1994.

que más bien se trataría de apostar al crecimiento de las áreas que “conectan”, que establecen puentes y abren nuevas perspectivas de investigación y aplicación. Pero esa disposición a una comunicación que no borre las diferencias requiere de ampliar las perspectiva de una investigación empírica que aparece muy circunscripta y reacia a poner en juego enfoques más generales sobre los problemas de la vida psíquica y la subjetividad. Es interesante remarcar que se extraña un “marco intelectual” más extendido, que permita interrogar y descubrir los desarrollos y los “descubrimientos” en las distintas áreas, en un horizonte abierto de teorización.

Ahora bien, estos trabajos, en parte “testimoniales”, que he tomado, no se quedan sólo en la expresión de la preocupación. Uno de ellos, el de Schneider, incluye una propuesta para la formación de grado que parte de considerar que las “Escuelas de Psicología” son demasiado limitadas y “parroquiales” como para procurar una comunicación abierta que “rompa con las barreras disciplinares y departamentales”. Y propone una formación interdisciplinaria y multidisciplinaria, en el estudio, la investigación y el compromiso con la comunidad, a través de la creación de “Colleges” de *Estudios Biopsicosociales*. Como en ese campo epistémico la psicología es la disciplina que tiene raíces firmes tanto en lo biológico como en lo social, debería liderar esa empresa de pluralización, en un ámbito de formación que contendría: biología (especialmente del desarrollo), neurociencia y ciencia del comportamiento, psicología y ciencia cognitiva, sociología, economía, antropología social y cultural, y algunas otras materias. Lo importante, en todo caso, es que se favorezcan los abordajes transdisciplinares.

De modo que, a partir de un diagnóstico similar se proyectan estas dos visiones contrastantes, entre la de una disciplina que se vacía o la de una disciplina básica en la dimensión transdisciplinaria que se comunica al mismo tiempo con las biología, con las humanidades y las ciencias sociales. Y esa visión prospectiva no deja de evocar la condición intermedia, “híbrida”, si se quiere, de los comienzos de la psicología.

Conclusiones

Me ha interesado rescatar esa convergencia de un discurso “crítico” en la nueva historia de la psicología y en algunas “evaluaciones” nacidas de la propia comunidad de los psicólogos, en torno de la conmemoración del “Centenario”. Obviamente hay otras voces y otros puntos de vista, entre los que piensan que en lo esencial nada ha cambiado (y que parecen dispuestos a continuar con las mismas rutinas) y los que, en el extremo opuesto, parecen anunciar y celebrar la dispersión y la fragmentación. El problema, en todo caso, se presenta, para mí, en estos términos: cómo admitir la pluralidad y la diversidad del campo (incluso el papel jugado por factores sociales y culturales en la configuración de la disciplina y sus crisis) y, a la vez, mantener no sólo algunas normas de justificación, de “racionalidad”, sistematicidad y transmisibilidad, sino un horizonte de diálogo que soporte diferencias profundas en los criterios y las tradiciones del saber. En todo caso, este es el desafío y frente a él deberíamos medirnos al evaluar, en las condiciones presentes, tanto la enseñanza que impartimos como nuestra propia práctica investigativa.